

RIVA PALACIO, VICENTE (1832 – 1896)

CUENTOS DEL GENERAL

(Selección)

INDICE:

EL NIDO DE JILGUEROS
LA MÁQUINA DE COSER
LAS HONRAS DE CARLOS V
LA GATA COJA
POR SI ACASO
LAS GOTAS DE AGUA
PROBLEMA IRRESOLUBLE
UN STRADIVARIUS
LAS MADRESELVAS
LA BURRA PERDIDA

EL NIDO DE JILGUEROS

Eran días negros para España.

Los carros de la invasión se guarecían a la sombra de los palacios de Carlos V y Felipe II, y cruzaban por las carreteras tropas sombrías de soldados extranjeros, levantando nubes de polvo que se cernían pesadamente, y se alzaban, condensándose, como para formar la lápida de un sepulcro sobre el cadáver de un héroe.

El extranjero iba dominando por todas partes; su triunfo se celebraba como seguro. El pueblo dormía el sueño de la enfermedad; pero un día el león rugió, sacudiendo la melena, y comenzó la lucha gloriosa. España caminaba sangrando, con su bandera hecha jirones por la metralla de los franceses, por ese doloroso *vía crucis* que debía terminar en el Tabor y no en el Calvario.

Prodigios de astucia y de valor hacían los guerrilleros, y los días se contaban por los combates y por los triunfos, por los sacrificios y los dolores.

El ruido de la guerra no había penetrado, sin embargo, hasta la pobre aldea en donde vivía la tía Jacoba con sus tres hijos, Juan, Antonio y Salvador, robustos mocetones y honrados trabajadores.

La tía Jacoba había tenido otro hijo también, que murió, dejando a la viuda con tres pequeñuelos, sin amparo y sin bienes de fortuna.

Recogiólos la tía Jacoba, y todos juntos vivían tranquilos, porque la abuela tenía lo suficiente para no necesitar del trabajo personal de las mujeres ni de los niños.

Pero la tía Jacoba era una mujer de gran corazón y de gran inteligencia, y sin haber concurrido a la escuela, ni haber cultivado el trato de personas instruidas, sabía leer, y leía y procuraba siempre adquirir noticias de los acontecimientos de la guerra y de la marcha que llevaban los negocios públicos, entonces de tanta importancia.

Y no por dejar de manifestarlo dejaba de estar profundamente triste; pero no quería turbar la tranquilidad de los que la rodeaban, comprendiendo que muchas veces la ignorancia es un elemento de felicidad.

Un día los niños cogieron un nido de jilgueros, y con una alegría indescriptible llegaron a la casa, encendidos y sudorosos, cuidando a los pajaritos como una madre puede cuidar a sus hijos; y arrebatándose la palabra y pudiendo apenas seguir el hilo de la relación, contaron a la abuelita, que tomaba el sol a la puerta de la casa, cómo había sido el hallazgo, y las peripecias de la aventura para alcanzar el nido, y con gran admiración agregaban que, por todo el camino, los padres de los pajaritos habían llegado tras ellos hasta la casa, volando de rama en rama y piando lastimosamente.

—Míralos, abuelita —dijo uno de los chicos mostrando un bardal cercano, sobre el que se habían posado los jilgueros.

—Estos pajaritos —dijo la abuela— quieren mucho a sus hijos y no los abandonan; ponédlos en una jaula, en un lugar en dónde la madre pueda acercarse, y veréis cómo todos los días vienen a darles de comer.

Contentísimos los chicos, siguieron el consejo, y ya conocían a la madre, y se retiraban prudentemente, para no espantarla, cada vez que la veían revolotear encima de la casa para traer el alimento a sus polluelos.

Se pasaron así más de quince días; los pajaritos estaban perfectamente emplumados, comenzaban a sacudir las alas, como queriendo volar, y ya buscaban con afán un lugar por donde escaparse de la prisión.

La madre no les abandonaba, y todos los días también lo primero que hacían los niños era ir a visitar la jaula, comentando a su modo los progresos de los pequeños y la constancia de la madre.

Una mañana la tía Jacoba oyó que los niños la llamaban con voces tan lastimeras, que no sólo ella, sino toda la familia, acudió precipitadamente adonde estaban los chicos, que llorosos rodeaban la jaula dentro de la cual estaban muertos los tres pajaritos.

—Abuela —dijo uno de los chicos, sollozando—, esto es que nos los han matado.

—No, hijos; que os explique Juan cómo han sido estas muertes.

Juan, orgulloso de aparecer como maestro, se irguió: los niños y las mujeres clavaron su mirada en él como esperando que les descubriera un gran secreto; y él, después de rascarse la cabeza por detrás de la oreja, dijo solemnemente:

—Pus vosotros no sabéis que la madre les trae de comer hasta que crecen y que puedan escaparse; pero como que no pueden escaparse porque están en la jaula, aunque ya puedan volar; como ella ve que no pueden escaparse aunque pueden volar, les trae entre la comida un veneno que ella conoce para que se mueran, mejor que no que se queden cautivos; y por eso.

Los niños volvían con asombro sus miradas a la tía Jacoba.

—Es verdad —dijo ella, mirando intencionalmente a sus tres hijos—; es verdad: esas madres prefieren ver muertos a sus hijos antes de verlos esclavos; y si todas las madres en España pensaran así, y si los hijos lo hubieran comprendido, hoy ya no estarían los franceses en nuestra tierra, o hubiera muchos cobardes de menos.

Los tres jóvenes bajaron los ojos con los rostros encendidos de vergüenza.

Poco tiempo después comenzó a hablar la gente de una nueva partida que hacía sin descanso la guerra al invasor.

Aquella partida la habían levantado los hijos de la tía Jacoba.

LA MÁQUINA DE COSER

Todo se había empeñado o vendido. En aquella pobre casa no quedaban más que las camas de doña Juana y de su hija Marta; algunas sillas tan desvencijadas que nadie las habría comprado; una mesita, coja por cierto, y la máquina de coser.

Eso sí: una hermosa máquina que el padre de Marta había regalado a su hija en los tiempos bonancibles de la familia. Pero aquélla era el arma de combate de las dos pobres mujeres en la terrible lucha por la existencia que sostenían con un valor y una energía heroicos; era como la tabla en un naufragio; de todo se habían desprendido; nada les

quedaba que empeñar; pero la máquina, limpia, brillante, adornaba aquel cuarto, para ellas, como el más lujoso de los ajueres.

Cuando quedó viuda doña Juana, comenzó a dedicarse al trabajo; cosía, y cosía con su hija, sin descanso, sin desalentarse jamás; pero aquel trabajo era poco productivo: cada semana había que vender algún mueble, alguna prenda de ropa.

La madre y la hija eran la admiración de las vecinas. En su pobre guardilla parecía haberse descubierto el movimiento perpetuo, porque a ninguna hora dejaba de oírse el zumbido monótono de la máquina de coser.

Don Bruno, que tocaba el piano en un café y volvía a casa a las dos de la mañana, al pasar por la puerta de la guardilla de Marta veía siempre la luz y oía el ruido de la máquina; lo mismo contaba Mariano, que era acomodador del teatro de Apolo; y Pepita la lavandera, una moza por cierto guapísima, decía que en verano, cuando el sol bañaba su cuarto y el calor era insoportable a mediodía, se levantaba a las tres a planchar, para aprovechar el fresco de la mañana, y siempre sentía que sus vecinas estaban cosiendo.

¿A qué hora dormían aquellas pobres mujeres? Ni ellas lo sabían. Cuando una se sentía rendida se echaba vestida sobre la cama, y mientras, la otra seguía en el trabajo.

Pero al fin llegó un día en que fue preciso desprenderse de aquella fiel amiga: el casero cobraba tres meses: doña Juana no tenía ni para pagar uno; era el verano, y las señoras que podían protegerla no se hallaban en Madrid; estaban unas en Biarritz, otras en San Sebastián, otras en el Sardinero de Santander, y el administrador se mostraba inflexible.

No había medio; empeñar la máquina, o salir con ella a pedir limosna en mitad de la calle.

Cuando Marta vio que don Pablo el portero cargaba con aquel mueble, esperanza y compañía de su juventud, sintió como si fuera a ver expirar una persona de su familia.

Salió el portero: Marta volvió los ojos al lugar que había ocupado la máquina; miró el polvo en el piso, dibujando la base de la pequeña cómoda, y le pareció como si se hubiera quedado huérfana en ese momento. Todo lo por venir apareció ante sus ojos.

Pan y habitación para un mes. ¿Y luego?... Se cubrió la cabeza, se arrojó sobre su cama y comenzó a llorar silenciosamente; y como les pasa a los niños, se quedó dormida.

Muchos meses después, una mañana, al sentarse a la mesa para almorzar el general Cáceres, recibió una carta, que en una preciosa bandeja de plata le presentó su camarista.

El General la abrió, y a medida que iba leyéndola se acentuaba una sonrisa en sus labios que vino a terminar casi en una carcajada.

—Son ocurrencias curiosas las de mi hermana —dijo a sus invitados—; ni al demonio se le ocurre encargar a un soldado viejo y solterón la compra de una máquina de coser.

—¿La Marquesa va a dedicarse a la costura? —preguntó sonriendo uno de los amigos.

—Buena está ella para eso, que ya ni ve —dijo el General—; pero quiere regalar una máquina a una chica muy trabajadora de Segovia, y quiere que yo se la busque. Esta Susana un día inventa un nuevo toque de ordenanza: ¡llamada de pobres y rancho!... Zapata, ¡di a Pedrosa que venga en seguida!

Zapata era el camarista, y Pedrosa el mayordomo, y los dos sabían que el General tenía el genio más dulce de la tierra con tal de que no le contradijeran y que le sirviesen al pensamiento.

Los otros criados comenzaron a servir el almuerzo, y pocos momentos después se presentó Pedrosa.

—Oiga usted —dijo el General al verle—; vea usted esta carta de mi hermana: que se le compre de los lotes del Monte de Piedad una máquina de coser; va usted a comprarla en seguida.

—Mi General, no sé si habrá hoy un lote de máquina.

—Yo no entiendo de eso. Va usted por ese chisme para enviarlo a la Marquesa. Que esté listo para todo servicio; ¿entiende usted de máquinas?

—Sí, mi General.

—Pues en marcha.

Aún tomaban café cuando volvió Pedrosa sudando y rojo de fatiga.

—Ahí está ya la máquina.

—Bien: arréglela usted para que pueda ir esta tarde por el tren; pero no, tráigala usted aquí; quiero ver cómo es una de esas máquinas, que no las conozco.

—Pero, mi General —dijo uno de los convidados—, ¿querrá usted hacernos creer que nunca ha tenido que ver con una modista?

—Sí que he tenido, y con varias; pero doy a ustedes mi palabra de honor, como militar, que si han tenido máquina de coser, era el aparato que menos funcionaba durante mi visita.

Entraron la máquina al comedor; rodeáronla todos, y cada uno de ellos daba su opinión sobre ruedas y palancas, y querían moverla de un modo y de otro, todo con la más perfecta ignorancia.

—Está bien cuidada —dijo el General—; se conoce que trabajaba la mujer que la mandó empeñar... ¡pobre mujer! Quizá le costó un sacrificio desprenderse de este mueble, obligada por la necesidad.

—O quizá le sopló la fortuna y no quiso trabajar más —replicó uno de los comensales.

—Doctor —dijo el General—, nadie empeña cuando sopla la fortuna. Algo daría yo por saber de quién era esta máquina.

—¿Y para qué?

—Toma, ¿y para qué? Para devolvérsela; que si no la ha desempeñado y ha dejado venderla, será porque no tiene todavía; yo compraría otra para mi hermana: si ella regala una máquina, ¿por qué no he de regalar yo otra?

Pedrosa, que ya sabía que cuando el General inventaba algo lo había de llevar adelante, se apresuró a decir:

—Si mi General quiere, por los papeles que dan en el Monte de Piedad puedo yo saber quién era la dueña.

—Pues en seguida tome usted un mozo de cuerda, y va usted con la máquina hasta entregarla a la pobre mujer que la empeñó.

—Mi General, ¿y si me preguntan de parte de quién voy?

—Bueno: diga usted que de parte de un caballero, de parte de una señora; invente usted un cuento; en fin, lo que a usted se le antoje; no más que no suene mi nombre para nada.

Pedrosa salió apresuradamente, y todos volvieron a tomar sus respectivas tazas de café.

En un alegre piso primero de la calle del Barquillo había habido un almuerzo animadísimo: era la casa de Celeste, que era el nombre de guerra de la hermosa propietaria de aquel nido de amores. Dos o tres amigas suyas estaban allí, y con ellas otros tantos amigos del joven Marqués que cubría los gastos de aquella casa.

La sobremesa se había prolongado; sonaban carcajadas y ruido de copas y la madre de Celeste entraba y salía disponiéndolo todo; que aunque nunca había tenido grandeza, había servido en casas en donde la grandeza era el estado normal.

Repentinamente sonó la campanilla: alguien llamaba en la escalera; crujió la puerta, y pocos momentos después entró la doncella, que era una francesita con humos de gitana, y dirigiéndose a Celeste le dijo:

—Señora, un hombre que trae regalada una máquina de coser para la señora.

—¿Para mí? —dijo con gran admiración Celeste—. Se habrán equivocado de cuarto.

—Ya se lo dije; pero insiste en que es para la señora.

—¡Vaya una cosa curiosa!, a ver esa máquina; que la traigan aquí.

La doncella salió, y los chistes más picantes se cruzaron entre los convidados a propósito de aquel regalo. La madre de Celeste, al lado de la puerta, esperaba también con curiosidad.

El mozo de cuerda entró con la máquina, la colocó en medio del comedor y se retiró inmediatamente.

Celeste se levantó sonriendo; se acercó al mueble, y repentinamente una nube de tristeza cubrió su rostro; abrió con mano trémula las puertecillas, y exclamó como una especie de gemido, dirigiéndose a la mujer que estaba en la puerta:

—¡Madre, nuestra máquina!

Y se inclinó sobre el mueble silenciosamente.

Todos callaban, respetando aquel misterio; algunas lágrimas desprendidas de los ojos de Celeste caían sobre los acerados resortes del aparato.

—¿Quién ha traído esto? —dijo de repente—. Que entre, que me diga quién manda esto.

Pedrosa penetró en la habitación; comprendió lo que pasaba, y subyugado por el sentimiento de aquella mujer, contó todo, todo, sin ocultar el nombre del General.

Celeste escuchó hasta el final, y después, irguiéndose, le dijo a Pedrosa:

—Dígale usted al General que con toda mi alma le agradezco este regalo; pero que no lo acepto porque ya es tarde, muy tarde, por desgracia; llévese usted esa máquina, que no la quiero en mi casa, que no la quiero ver, porque sería para mí como un remordimiento. Que se la regalen a esa muchacha honrada; que se la regalen, que muchas veces la falta de una máquina de coser precipita a una joven en el camino del vicio...; pero no, espere usted un momento.

Celeste, como si estuviera sola, salió precipitadamente del comedor, llegó a su gabinete, abrió una preciosa gaveta, y sacó de allí un carrete de hilo, ya comenzado; volvió al comedor, hizo mover los resortes de la máquina, colocó allí el carrete como si ya fuera a trabajar y dirigiéndose a Pedrosa, le dijo:

—Dígale que yo misma he colocado ese carrete, el último que tuvo la máquina, y que lo guardaba como un recuerdo: ése es el regalo de la muchacha honrada para la joven de Segovia.

LAS HONRAS DE CARLOS V

Entre los misioneros franciscanos que predicaban en el cristianismo a los indio tarascos, habitantes de las escarpadas sierras de Michoacán, en Nueva España, contábase Fray Jacobo Daciano, distinguidísimo varón, lleno de caridad y modelo de constancia.

Era Fray Jacobo, según el decir de los religiosos cronistas de la Orden de San Francisco, de tan ilustre sangre y de tan elevada alcurnia, que igualarle en eso sólo podrían en la

Nueva España los hijos del emperador Moctezuma, o los del infortunado y tímido *Caltzontzin*, por otro nombre Tzintzicha, rey de los tarascos; porque Fray Jacobo, llamado Dacio por haber nacido en Dacia, era de la familia de los reyes de aquella nación, tan famosa desde los tiempos de Herodoto hasta los días en que Fray Jacobo pasó a la Nueva España y las luchas religiosas de luteranos y católicos hacían estremecer a las naciones europeas.

Fray Jacobo embarcóse para América, buscando, no sólo la conversión de los Indios, sino también refugio contra las persecuciones de un Obispo de su país que, tocado de la herejía, como dice el cronista Larrea, intentaba poner fin a la terrenal existencia de Fray Jacobo.

Los tarascos que, sin resistencia alguna, por culpa de su Rey, recibido habían el yugo de los conquistadores españoles, víctimas de los mismos a quienes ofrecieron sus servicios y su amistad, andaban fugitivos y errantes por los montes; que en ninguna otra provincia de la Nueva España se habían extremado tanto en sus crueldades y tiranías los soldados de Nuño de Guzmán.

Los pueblos abandonados, los lugares desiertos, incultos los campos, sin transeúntes los caminos y silenciosos aun los mismos bosques adonde se refugiaba aquella raza perseguida: tal era el cuadro que contemplaron los misioneros franciscanos cuando a pie, y sin más compañía que su amor a la humanidad, se atrevían por aquellos desconocidos y escabrosos senderos en busca de los tímidos y espantados habitantes del antes rico y poblado Imperio de Michoacán.

Difícil era curar la profunda herida que en aquella nación abrió la espada del feroz Nuño de Guzmán; pero como la constancia y la caridad obran prodigios, poco a poco, como las revueltas y alborotadas abejas, que huyendo del colmenar vuelven a reunirse al monótono ruido de una campanilla que agita un niño, los tarascos fueron abandonando las sierras y agrupándose en derredor de las humildes capillitas levantadas por los misioneros franciscanos. El rumor de la existencia social volvió a escucharse en los abandonados pueblos, y las nubecillas de humo, escapándose entre las mal cerradas techumbres de las humildes chozas, saludaban la llegada del sol, anunciando que la paz y el trabajo volvían a sentar allí sus reales, y que la civilización comenzaba sus laboriosas operaciones.

No poco había contribuido para cicatrizar aquella herida Fray Jacobo Daciano, y contábase de él entre los indios cosas que le hacían aparecer como un hombre casi sobrenatural: jamás usaba calzado y cruzaba sin vacilar ni detenerse por las sendas más pedregosas y por los caminos más cubiertos de seca maleza o de espinosa vegetación; con los pies sangrando llegaba a las rancharías, y más que a su propio daño atendía a las necesidades de los indios; y en las noches, según contaban éstos, cuando la luna caminaba luminosa y lentamente por el purísimo azul del cielo de Michoacán, y cantaban entre los bosques las aves de la noche al compás del rumor que levantaba el viento entre las hojas de la espesa arboleda, Fray Jacobo, arrodillado, oraba con los ojos vueltos al cielo, y algunas veces se le veía desprenderse de la tierra y quedar como suspendido en el aire.

Esto podría ponerse en duda; pero lo cierto es que Fray Jacobo Daciano fue el único que se atrevió, de todos los religiosos que habían llegado hasta entonces a Nueva España, a administrar a los indios el sacramento de la Eucaristía, y a sostener calurosamente que la nueva Iglesia mexicana iba errada en no querer admitir a los indios en el sacerdocio dándoles las sagradas órdenes, todo lo cual le valió la mala voluntad de sus compañeros, le puso en el caso de sostener reñida polémica con el franciscano Fray Juan de Gaona, y le obligó a hacer, por último, pública penitencia por haber sostenido aquellas apreciaciones.

El año de 1558 vivía Fray Jacobo en el convento de Tarécuato, de la provincia de Michoacán, del que era guardián y fundador. Una mañana, el 21 de septiembre de ese año de 1558, levantóse Fray Jacobo muy preocupado y dirigiéndose a la iglesia comenzó a disponer lo necesario para celebrar solemnemente unas honras fúnebres. Llegaron de sus celdas, precipitados con la noticia de aquella novedad, los otros frailes; de sus casas los moradores de Tarécuato, y de sus pueblos los vecinos de los alrededores.

Nadie sabía para quién se preparaban tan solemnes exequias; que ni de la capital de la colonia de la Nueva España, ni de la corte de Felipe II, llegado había a Michoacán, ni menos al apartado rincón de Tarécuato, noticia de la muerte de algún personaje que mereciera tan alta distinción.

Pero poco tardaron aquellas dudas en disiparse, porque Fray Jacobo, con la mayor sencillez, pero también con la más plena seguridad, comunicó a los frailes y a los vecinos que había tenido la revelación de que ese mismo día, a las dos de la mañana, había expirado en el monasterio de Yuste el emperador Carlos V.

Como ni esa clase de revelaciones se ponían entonces en duda, ni encontrarse podía quien dejase de creer como un oráculo a Fray Jacobo Daciano, todos tuvieron por segura la muerte de Carlos V, y con la mayor devoción y recogimiento oraron por su alma en las honras fúnebres. Como era natural, tanto por causa de la novedad del caso, como por el objeto de aquella triste y religiosa función, desde lejanos pueblos llegaron eclesiásticos y seglares, y Tarécuato estuvo lleno de huéspedes el día de las honras, y todos salieron del templo teniendo la firme convicción de que no existía ya el Monarca más poderoso que había vivido en el siglo XVI.

Dos meses después, el 1º de diciembre de 1558, publicábanse en México los lutos por la muerte del emperador Carlos V, que había fallecido el mismo día que Fray Jacobo Daciano celebraba sus honras fúnebres en Tarécuato.

Las exequias del Emperador fueron en la capital de la colonia tan solemnes, que recuerdo dejaron por muchos años del esplendor y lujo que en ellas habían desplegado el Gobierno, el clero y los vecinos; pero en todas las conversaciones se hablaba siempre de las exequias celebradas en Tarécuato, y la tradición y la historia conservarán por muchos años la memoria de tan legendario acontecimiento.

LA GATA COJA

—¿*Me quiere* usted contar —le dije a Delfina— por qué cuida tanto a esa pobre gatita coja?

—Es una historia —me contestó riendo— que le voy a referir a usted, aunque no es larga ni divertida.

Habíamos vuelto de Sevilla la Pepa y yo; la empresa que nos llevaba tronó a pocos días de estar allí. Eso sí, llevábamos una bonita contrata: siete pesetas, viajes pagados y un beneficio libre para el coro de señoras. El empresario era hombre de mucho empeño pero de pocos recursos. Hará cosa de tres años. Era el verano, y esperábamos pasarlo bueno, y sacando alguna ventaja, recorriendo las provincias.

Llevábamos un buen repertorio: *De Getafe al Paraíso*, *La Canción de la Lola*, *Los Bandos de Villafrita*, *La Gran Vía...*, vamos, la mar. Pero como decía, y decía muy bien el empresario, la empresa pone y el público dispone. Y porque la tiple no era bonita y desafinaba, o porque el barba era tartamudo, o porque la característica bizqueaba del ojo derecho, o por lo que Dios sabe, ello es que la compañía no cayó bien en Sevilla, y desde la primera representación el público empezó a meterse con nosotras, con el pretexto de que el tenor había metido la pata adelantándose a cantar cuando no le tocaba. En las primeras representaciones era un pateo que no había pieza que no reventaran; ya después no tanto, porque, como no había ni tres duros en la taquilla, tampoco había quien se metiera con nosotras. No hubo remedio; la empresa no nos pagó, y nos contentamos con que nos dieran un billete de tercera en el tren mixto para volver a Madrid, y con eso, y cinco duros que tenía la Pepa, y cuatro que yo había ahorrado, llegamos aquí, alquilamos un cuartito y comenzamos a buscar ajuste; pero ¡quía! Como el verano estaba tan adelantado, todos los teatros tenían más gente que querían: ni en Felipe, ni en Recoletos, ni en el Príncipe Alfonso, ni en el Tívoli, que se había estrenado en esos días, pudimos encontrar colocación, y los nueve duros se habían acabado, y los equipajes desfilaban para la casa de empeños, y las papeletas abultaban más que el borrador de una comedia.

Se me había olvidado decir a usted que, al tomar el cuarto, nos encontramos con esa gatita, flaca y muerta de hambre; pero tan mona y tan cariñosa, que, como decía la Pepa, debíamos conservarla para que Dios nos ayudara; y el pobre animalito realmente tenía sangre ligera, porque comía con el mismo gusto el bacalao con patatas que nos sobraba del almuerzo, que las migajas de la libreta del desayuno, y hasta me parece que ella fue la que se comió un guante de cabritilla de la Pepa, que no pudimos encontrar.

Nos levantábamos muy tarde (después de las doce), y nos acostábamos muy temprano para no tener que hacer más de una comida; el dinero nos faltaba, pero el buen humor no llegaba a abandonarnos, y todas aquellas cosas nos causaban risa, porque, eso sí, tomarlo a lo serio era tocar a suicidarse.

Una mañana la situación se puso seria, y no teníamos ya ni qué empeñar, y era preciso comer aquel día. Pensando y meditando, ocurriósele a la Pepa vender una silla que el vecino de al lado nos prestó para que tuviéramos en qué sentarnos. La idea no era mala, y yo me comprometí a salir del paso.

Afortunadamente el vecino no estaba, porque era conductor de tranvías y no llegaba hasta la noche. Abrí la puerta, y me cercioré de que la escalera estaba sola; tomé la silla, bajé a escape, y no paré hasta la casa de un vendedor de muebles viejos, que me dio por ella dos pesetas. En seguida, a la compra; pan, vino, carbón y dos chuletas que me bailaban en la mano.

¡Con qué gusto me recibió la Pepa! Puse la compra sobre el bracero y entré a quitarme el mantón y a lavarme las manos, contando a la Pepa toda mi correría. Pero todos los males vienen por la lengua; nos pusimos a hablar como si no tuviéramos hambre, y al volver a la cocina, excusó decirle a usted lo que sentí al ver a la gatita comiéndose el último pedazo de las chuletas: sólo le digo que tan soberbio fue el golpe que di al infeliz animal, que desde entonces se quedó coja la pobrecita.

POR SI ACASO...

—*Pepe* —dijo la Condesa tocando suavemente en el hombro a su marido, que dormitaba en un sillón al lado de la chimenea.

—¿Qué pasa? —dijo él incorporándose.

—¿No vas al club? Son muy cerca de las siete.

—Te agradezco que me hayas despertado; voy a vestirme. Y tú ¿qué piensas hacer esta noche?

—Es nuestro turno del Real, y si viene Luisa, iremos un rato. ¿Tú no vas al palco con nosotras?

—Veré si puedo. Por ahora voy a vestirme.

Media hora después, el Conde, envuelto en su gabán de pieles, se acomodaba en su berlina, diciendo al lacayo:

—Al Veloz.

Cuando el ruido del carruaje anunció que el Conde se alejaba, alzóse el portier del salón en que había quedado la bella Condesa, y la cabeza rubia de una mujer joven asomó por allí.

—¿Se ha ido? —preguntó a media voz.

—Sí, Luisa, entra.

—¿Insistes en tu plan?

—Sí; no hay peligro alguno, y además, Luciano me ha prometido ayudarme.

—¿Lo crees seguro?

—Vaya, y necesario. En toda esta temporada del Real no he conseguido que me acompañe un solo día al palco por irse al Veloz. ¡Dichoso Veloz! No sé qué tiene para nuestros maridos. Y después de todo, debe ser muy aburrido. Pero esta noche sí me acompaña; vaya si me acompaña. Ahora voy a vestirme yo también.

El club estaba lleno. Unos socios jugaban al tresillo o al *whist*, haciendo tiempo mientras se abría el comedor. Otros conversaban alegremente en los salones. Se oyó el timbre del teléfono, y pocos momentos después, un criado entró preguntando:

—¿El señor Marqués de la Ensenada?

—¿El Marqués de la Ensenada? —dijo uno.

—Sí, señor contestó el criado—. Le llaman al teléfono.

—Pero hombre, si el Marqués hace siglos que se murió.

—Llamarán a la calle del Marqués de la Ensenada —dijo otro.

—Señor contestó el criado—, ya he dicho a la señora que habla que aquí no hay ningún señor que sea el Marqués de la Ensenada.

—Y ¿qué ha contestado?

—Que eso no me importaba a mí —dijo el criado—. Que yo preguntase por el Marqués de la Ensenada, que ya lo demás no era cuenta mía.

Todo el mundo escuchaba con curiosidad este diálogo, y entre todos, quizá con más atención, Luciano de Oriz, el más alegre y más bromista de los socios, que en aquellos momentos conversaba con el Conde.

—Yo creo que eso es un camelo —dijo una voz.

— No —replicó Luciano—; éste es un lío. Eso de Marqués de la Ensenada es nombre convencional. Ya verán ustedes. Voy a tomar el hilo.

—Pero ¿cómo?

—Nada más fácil. Me acerco al aparato y me hago pasar por el de la Ensenada.

Y sin esperar más, se dirigió rápidamente al aparato. Pocos minutos después volvía, pudiendo apenas hablar a causa de la risa.

—¿Qué hubo? ¿Qué hubo? —le preguntaron todos con interés y rodeándole.

—Pues tiene gracia. Luego que me anuncié como el Marqués, una voz femenina me preguntó: "¿Eres tú? —Sí—. Ven en seguida, porque ya se ha ido Pepe". Oí algo como risas de mujer, y se cortó la comunicación.

Una carcajada general contestó a la relación de Luciano, y entonces comenzaron los comentarios.

Claro; se reían de Pepe.

—¿Qué gusto, que no me llamo Pepe!

—Pues yo me llamo Pepe, pero no soy casado.

—Pues yo sí; pero mi mujer está en Niza, y desde allí no llama a nadie.

Pero algunas fisonomías se nublaron, y a poco oyéronse dos o tres coches del club salir precipitadamente.

El Conde entró en su casa de vuelta, y al entregar su gabán al criado, dijo a la Condesa, que apareció en aquellos momentos por allí seguida de Luisa:

—Pensé mejor, y he resuelto venir a comer contigo para irnos después al Real.

—¿Bendito sea Dios, Pepe! ¿Qué santo me habrá hecho este milagro?

Y furtivamente dirigió a Luisa una mirada, en la que podía haberse leído todo este cuento.

LAS GOTAS DE AGUA

Era un día de los más calurosos en la mitad del verano. El sol derramaba torrentes de fuego y de luz sobre la tierra, cruzando por un cielo profundamente azul, y en el que no flotaba ni la más ligera nubecilla.

Dormían los vientos en las húmedas grutas de los bosques; se abrigaban los pájaros en lo más tupido de la selva; los insectos silbaban entre la hojarasca, y todo en la Naturaleza parecía desmayar de sed y de fatiga.

Las hojas lánguidas colgaban en sus tallos, y unas flores cerraban sus corolas y otras se inclinaban lanzando su perfume para pedir la lluvia, porque el perfume es la plegaria de las flores, como es también su canto de amor. Pero ninguna murmuraba en el bosque, y esperaban resignadas a la nube bienhechora que debía traerles la lluvia.

Sólo en uno de los valles, esas pequeñas florecillas que brotan entre la hierba, y que son como niños entre las otras flores, murmuraban y pedían agua con toda la irreflexión de la infancia.

Envuelta en transparentes cendales de color de rosa, cruzó entonces una Hada sobre aquellos campos: no hicieron las florecillas más que mirarla, y comenzó entre ellas una especie de sublevación para pedirla el agua.

En vano la Rada les hizo ver que sin la preparación de la sombra que llega con las nubes antes que la lluvia, y después con esa veladura que a la luz del sol le dan las últimas gasas que deja tras de sí la tempestad, el agua podría serles muy dañosa. Las florecillas no escucharon su razonamiento, y tanto insistieron, que la Hada se resolvió a darles lo que pedían.

Entonces hundió su regadera de oro en uno de los estanques vecinos; la tranquila superficie del agua se rompió con estrépito, formándose en todas direcciones movedizos círculos bordados por los rayos del sol, de luces y colores, y que se ensanchaban, se multiplicaban, se cruzaban sin confundirse y seguían trémulos y caminando hasta morir entre las rosas que en los bordes se inclinaban para mirarse en las aguas del estanque.

La Hada retiró la regadera henchida, y arrojando pequeñas gotas que, heridas por los rayos del sol, parecían una cascada de estrellas, comenzó a derramar improvisada lluvia sobre las florecillas del prado.

Ávidas presentaban todas ellas su cáliz y se sacudían de placer sobre sus tallos, como hacen los pajaritos después de la lluvia, y todas quedaron ostentando, como una joya en sus corolas, menudas gotas de agua, que ya tomaban la forma de una esfera de cristal, o ya la de un disco convexo.

Partió la Hada, y en los primeros momentos todo fue alegría entre aquellas florecillas; pero poco a poco comenzaron a sentir un calor desconocido y terrible. Los rayos del sol, concentrándose en aquellas gotas de agua, penetraban como dardos de fuego hasta el corazón de las flores; y antes de que esas gotas se hubieran evaporado, las flores doblaban la cabeza mustias y marchitas.

Cuando soplaron en la noche las auras, ninguna flor de aquellas pudo ya sentir sus caricias.

PROBLEMA IRRESOLUBLE

"Juanita no sabe servir, pero es muy lista y aprenderá pronto.

"Blanca estará muy contenta con su doncella galleguita, porque dentro de dos meses le será muy útil, pero es preciso desasnarla.

"Queda cumplido su encargo, y yo me repito su seguro servidor y capellán, que besa su mano. —*Blas Padilla.*"

Así terminaba la carta de recomendación con que Juanita había llegado a casa de Emilio. Porque Emilio encargó una chica a Galicia para que sirviera de doncella a su mujer.

Emilio y Blanca estaban en la luna de miel, y a Blanca, como a todas las recién casadas, le sobraban muchas horas del día, y era para ella una diversión enseñar a Juanita y estudiar la sorpresa que le causaban todos los refinamientos de la civilización.

Apenas podía la chica comprender que algunas veces llegara un hombre a arreglar las uñas de las manos a su señorita, ni que todos los días viniera una mujer expresamente a peinarla; pero lo que más le asombraba era el teléfono, y al tercer o cuarto día de estar en la casa la sorprendió Blanca en el aparato, teniendo una trompetilla en la oreja y hablándose a sí misma con la otra.

Pero rápidamente, con esa educabilidad y esa aptitud de asimilación que tan en alto grado poseen las mujeres, Juanita vestía como las criadas de Madrid; hablaba a su señorita en tercera persona; cantaba todo lo que oía tocar en los organillos y lucía, como una pulsera de oro, esa cinta negra con que se oprimen la muñeca de la mano derecha las chicas que por planchar mucho sufren en esa parte del brazo.

Juanita había dejado en su pueblo un novio; a un novio a quien quería de todo corazón, como quieren los que no tienen otra cosa con que ocupar su cerebro, y el novio Nicolás había prometido escribirla. Juanita esperaba con impaciencia aquella carta; pero, por su desgracia, la chica no sabía leer y vacilaba entre el placer de recibirla y el disgusto de tenerla entre las manos, anhelando por conocer el contenido; de modo que unas veces deseaba la llegada de la carta y otras tenía miedo de recibirla.

Por fin, una tarde la señorita le dijo:

—Juanita, aquí tienes una carta de tu pueblo.

Y Juanita se puso tan encendida de vergüenza, que Blanca comprendió en el acto que era de un novio y no de la familia; pero no quiso decirle nada.

Toda la tarde y toda la noche estuvo la chica desesperada; miraba la carta, le daba vueltas, intentaba abrirla y en seguida se arrepentía. ¿Qué le diría Colás? ¿La querría mucho? ¿Le daría alguna mala noticia?

Aquello la preocupaba de tal manera, que apenas pudo dormir. Bien podía, y así lo comprendió, darle la carta a alguna persona que se la leyese. Pero ella no tenía confianza más que con la cocinera, y la cocinera no sabía leer.

A la mañana siguiente, Blanca le dijo:

—¿Qué te dicen de tu casa? ¿Están buenos?

Juanita no sabia mentir todavía, y como aquella pregunta la sorprendió, contestó sencillamente.

—No he leído la carta.

—¡Qué! ¿no sabes leer?

—No, señorita.

—¿Por qué no te la ha leído alguna de las otras criadas?

—Porque me da vergüenza.

—¿Quieres que yo te la lea?

—¡Ay! ¡Sí! Pero ¿cómo se va a enterar la señorita de lo que me dicen?

—Te ofrezco que no me entero — dijo riéndose Blanca.

—Pero ¿cómo no se ha de enterar la señorita? Cuando oiga yo lo que dice, también lo oirá la señorita.

—Pues chica, eso no tiene remedio.

—Sí tiene; pero me da miedo decírselo a la señorita, no se vaya a enojar conmigo.

—No me enojo. Dímelo.

—La verdad, no; no lo digo.

—Mira, te lo mando yo.

—Pues lo diré. Si la señorita fuera tan buena de leerme la carta, para que la señorita no la oyera le taparía yo las orejas.

Blanca se echó a reír con tanta franqueza y tanta alegría, que Juanita estaba azorada; pero después de haberse desahogado riéndose a toda su satisfacción, dijo Blanca:

—Muy bien. Haremos lo que tú dices; dame la carta; colócate detrás de la butaca y tápame los oídos.

Juanita entregó la carta. Tapó con sus dos manos los oídos de Blanca, y con una fisonomía de infantil atención, como un pájaro que oye tocar un violín o una flauta, escuchó la lectura, interrumpida a cada momento por las alegres carcajadas de la lectora.

Colás la seguía queriendo: se acordaba mucho de ella, sobre todo cada vez que miraba salir la vaca o la burra que ella tenía costumbre de sacar al campo; le encargaba que no le olvidara; que procurara ahorrar algunos cuartos para ayuda del casamiento, y, sobre todo, que no dejara de contestarle.

Terminó la lectura de la carta; doblóla Blanca, y como ya Juanita le había destapado los oídos, preguntó fingiendo la más profunda ignorancia:

—¿Oíste bien?

—Sí, señorita.

—¿Y qué te dicen? ¿Están buenos?

—Están bien todos; pero me encargan que conteste.

—¿Y cómo vas a contestar si no sabes escribir?

—Pues yo no sé qué haga.

—Óyeme: si quieres yo escribiré; pero has de pensar un modo de que yo no me entere de lo que escribo.

—¿Y cómo será eso?

—Pues así; como inventaste la manera de oír leer la carta sin que yo la oyera; y te prometo que haré lo que me digas.

—¡Qué buena es la señorita! Pues voy a pensarlo —y salió de allí contentísima, dando vueltas en la memoria a las palabras de Colás.

Muchos días pasaron, y mucho caviló la pobre chica; pero no ha llegado a descubrir el modo de que la señorita pueda escribirle a Colás sin enterarse de lo que ella le diga.

UN STRADIVARIUS

—*Qué* es lo que usted desea? Pase usted, caballero; aquí hay todo lo que puede necesitar. Tome usted asiento si quiere...

—Mil gracias. Deseaba yo ver unos ornamentos de iglesia de mucho lujo.

—Aquí encontrará usted cuanto necesite: casullas, capas pluviales, cíngulos, amitos, paños de corporales, palios, en fin, todo muy bueno, de muy buena clase, muy barato y para todas las fiestas del año.

—Pues veremos; porque tengo un encargo de un tío muy rico, de Guadalajara, que quiere hacer un obsequio a la Catedral.

El vendedor era el señor Samuel, un rico comerciante y dueño de una gran joyería situada en una de las principales calles de México; pero en ella tanto podían encontrarse collares y pulseras, pendientes y alfileres de brillantes, de rubíes, de perlas y esmeraldas, como ornamentos de iglesia, y custodias de oro, y cálices y copones exquisitamente trabajados, como lujosos muebles y objetos de arte, de esos que constituyen la floración del gusto.

El señor Samuel, bajo de cuerpo, gordo, blanco, rubio, colorado, con la cabeza hundida entre los hombros y las narices entre los carrillos, tenía fama de ser un judío porque se llamaba Samuel, porque era muy rico y muy codicioso, porque gustaba mucho de comer carne de cerdo, lo cual para el vulgo era una prueba de que su religión se lo prohibía, fundándose en que la prohibición causa apetito, y, por último, porque los sábados estaba tan alegre como los cristianos en domingo.

El otro interlocutor era un joven pálido, alto y delgado, mirada triste, melena lacia, levita negra vieja y pantalón ídem, es decir, negro y viejo. Además, aunque esto debía ser accidental, llevaba en la mano izquierda un violín metido en una caja forrada de tafilete negro con adornos de metal amarillo, que semejaba el ataúd de un párvulo.

A no caber duda, era un músico.

Dejó el músico la caja sobre el mostrador. Comenzó don Samuel a presentar ornamentos y se tomaron medidas, y se hicieron cálculos, y comparaciones, y apuntes, y, por fin, después de cerca de una hora de conferencia, el músico tenía ya todos los datos para escribir al tío y esperar la respuesta y el giro, y recoger los objetos elegidos. Guardóse en el bolsillo el presupuesto definitivo, y antes de retirarse dijo a don Samuel:

—¿Tendría usted inconveniente en que dejara yo aquí este violín, mientras no le necesito, para no tener que cargar con él hasta mi casa, que vivo lejos?

—Ninguno —contestó el judío.

—Pero es que quisiera yo que no fuera a maltratarse, porque lo estimo en mucho.

—¡Oh! Pierda usted cuidado: vea usted dónde le coloco, y ahí lo encontrará usted sin que nadie lo haya tocado.

Y como trataba de halagar a tan buen comprador, colocó cuidadosamente la caja en una vitrina en el lugar más ostensible de la tienda.

Ala mañana siguiente, entre la multitud de compradores que entraron en la casa de don Samuel, llegó un caballero como de cuarenta años, de aspecto aristocrático, elegantemente vestido. Buscaba un alfiler pata corbata, y no pudo hallarle tal y como lo deseaba; pero, ya al retirarse, le llamó la atención la caja del violín tan vieja y maltratada en medio de tantos objetos brillantes y lujosos.

—¡Qué! ¿También vende usted instrumentos de música, o tan bueno es ese violín que lo guarda usted aquí, en esa caja tan horrible?

—No es cosa mía: me lo dejaron a guardar, y con tales recomendaciones que sólo ahí me pareció seguro.

—¡Hombre! pues es curioso: enséñemelo usted, que yo soy también aficionado a violines: ¡debe ser cualquier cosa!

El judío bajó la caja y la abrió: el caballero tomó el instrumento, se lo colocó garbosamente como quien acostumbrado estaba a pulsarle, pasó el arco sobre las cuerdas, miró el violín con extrañeza y lo volvió por todos lados; percutió la caja con el dedo, y después de tan maduro examen, alzó el rostro, y mirando fijamente a don Samuel, le dijo con solemnidad:

—Pues no es una cualquier cosa como yo había creído; éste es un violín de Stradivarius legítimo, y si usted quiere por él seiscientos duros, en este momento, sin moverme de aquí, se los doy y me lo llevo.

El judío abrió desmesuradamente los ojos y la boca y los oídos, y hasta las manos, no sólo por el descubrimiento, sino porque soñaba en una buena ganancia comprando el violín al pobre músico, que de seguro estaba necesitado y de seguro también no sabía el gran precio del instrumento. Ocurriósele en seguida lo que debía hacer, y contestó a aquel caballero diciéndole:

—Mire usted, el violín no es mío; pero si usted tiene tanto empeño en poseerle hablaré al dueño, aunque me parece que ha de ser exigente y ha de querer mucho por él.

—¿Que si tengo empeño? Pues ya lo ve usted; como que ésta es una alhaja de príncipe. En París, cuando por casualidad hay un Stradivarius, vale como quina diez o doce mil francos.

—¿Y hasta cuánto puedo ofrecer?

—Pues oiga usted mi última palabra. Si me lo consigue usted por mil duros, le doy a usted cincuenta de corretaje, y pasado mañana vendré a saber la resolución, porque tengo que salir para Veracruz y no puedo perder más tiempo.

Al siguiente día el pobre músico llegó a la casa del judío; no había noticia aún del tío que encargaba los ornamentos, pero el músico venía a recoger su violín.

El judío lo sacó de la vitrina afectando la mayor indiferencia, y antes de entregarlo le dijo:

— Hombre, si quisiera usted vender este violín yo tengo un amigo que es aficionado y quiero hacerle un obsequio, supuesto que usted dice que es bueno.

—¡Oh! no, señor; yo no lo vendo.

—Pero yo lo pago muy bien; le daré a usted trescientos duros.

—¿Trescientos duros, señor? Por el doble no lo he querido vender.

—¡Bah! ¡Si esas son exageraciones! Pero, para que vea usted que quiero favorecerle, le daré seiscientos.

—No, señor, de ninguna manera.

—Setecientos.

—Mire usted; estoy muy pobre, tengo que sostener a mi madre, que está enferma, y cubrir además otras necesidades. Si usted me diera ochocientos duros se lo dejaría, pero en el acto; y lo habría usted de quitar de aquí en seguida, porque es para mi como arrancarme un pedazo del corazón.

Don Samuel hizo el cálculo, Ochocientos me cuesta: en mil se lo doy al caballero que debe venir esta tarde, y que me ha ofrecido además un corretaje de cincuenta; gano doscientos cincuenta de una mano a otra. Y continuó diciendo en voz alta.

—Bien, joven; para que vea usted que tengo empeño en servirle, aquí están mis ochocientos pesos.

Y abriendo una caja de hierro, sacó en oro el dinero, que entregó al músico.

El joven lo recibió profundamente conmovido; y diciendo a media voz: "¡Madre mía! ¡madre mía!", y enjugando con un pañuelo viejo una lágrima que brotaba de sus ojos, salió del almacén precipitadamente.

Ocho días transcurrieron sin que el caballero que deseaba comprar el violín se presentara en la tienda a cumplir su promesa, cuando entró por casualidad en ella uno de los más famosos violinistas europeos, que había llegado a México a dar algunos conciertos.

—A ver qué le parece a usted este violín —le preguntó don Samuel, que ya le conocía, abriendo la caja y mostrándole el Stradivarius.

El maestro tomó el violín, empuñó el arco y le hizo correr dos o tres veces sobre la encordadura.

—Pues esto es una carraca; con cinco duros estaría bien pagado.

Si matara un desengaño, al día siguiente debían haber enterrado a don Samuel.

Muchos años después enseñaba el violín, diciendo:

—Fui muy bruto. Ochocientos duros me ha costado esta lección de música.

Conocí a Ben-Hamín, a bordo del *Scotia*, en un viaje que hicimos de Liverpool a New York.

Estaba siempre sobre cubierta envuelto en una especie de bata, mostrando unas babuchas de tela tan extraña como la de la bata, con el rojo tarbuch inclinado hacia atrás. No leía, pero meditaba; su larga y rizada barba blanca le cubría la mitad del pecho, y sus grandes ojos negros se escondían debajo de las cejas, tan largas y pobladas que parecían dos alas de pichón blanco.

No sé qué negocio le trajo a Madrid, porque jamás le pregunté, primero porque no me lo habría dicho, y luego porque no me importaba; pero éramos viejos conocidos, y venía a comer conmigo algunas veces a mi casa, en la calle de Serrano. Una noche, era en verano, le noté alguna preocupación, y durante toda la comida pude observar que evitaba cuidadosamente el contacto de las flores de madreSelva que se colgaban fuera del ramo que adornaba el centro de la mesa.

Picó esto mi curiosidad, y no era hombre de quedarme con la duda; esperé que sirvieran el café, y cuando ya los criados se habían retirado, le dije:

—Si no lo tiene usted por indiscreción, le ruego que me diga por qué le causan disgusto las flores de la madreSelva.

—¡Oh! —me dijo—, no son las flores las que me repugnan; es toda la planta.

—¿Y por qué?

—Es una historia que nada tiene de secreta; por el contrario, desearía que todos vosotros, europeos y americanos, la supiérais; quizá os sería útil.

—Cuéntela usted, cuéntela usted —dijimos todos.

—Pues voy a complacerlos, refiriéndooSLa tal como la aprendí en un viejo manuscrito.

Ben-Hamín cerró los ojos como para reconcentrarse en sí mismo, e inclinó la cabeza; la luz eléctrica daba a las canas de su barba el brillo de la plata bruñida.

Aquella escena iba volviéndose solemne: el silencio en la calle era completo, y como el comedor de mi hotel está en el piso bajo, entraba por las abiertas ventanas en torrente el perfume de las azucenas del jardín.

Transcurrieron así algunos segundos. Después Ben-Hamín alzó el rostro, y más bien que como recordando, como leyendo en un libro abierto en el espacio, comenzó de esta manera su narración:

—En el nombre de Dios, clemente y misericordioso, cuenta Abu-Said (bendígale Dios), que en los tiempos del profeta Mahoma (complázcase Allah con él), los compañeros del Profeta, Alí, Abi-Talib y Jalid, vencieron al rey Almohalhal, y después que llegaron los creyentes y arrasaron la ciudad y cautivaron a sus habitantes, Jalid, el vencedor de las batallas, encontró sobre un montón de ruinas, y en medio de cadáveres de los infieles, a una niña que no tenía más edad que dos años.

La niña no lloraba; abría sus grandes ojos negros, mirando pasar a los vencedores y a los vencidos, y oyendo las maldiciones de los descreyentes y las alabanzas de Dios. Jalid acercóse a la niña, y la levantó y la puso delante de él en su caballo, y la sacó del combate, procurando cubrir su desnudez con la banda de su turbante, porque la niña era muy pequeña, y Jalid no quería cubrirla con ropas que estuvieran impuras con la sangre de los infieles.

Cuando el Profeta recibió a Alí y a Jalid, que volvían vencedores, abrazóles a sus pechos y besóles entre sus ojos; y Jalid dijo al Profeta, mostrándole la niña:

—He aquí esta hija de una mala raza; pero que en mi casa crecerá como hija y no como cautiva, porque apenas sabe hablar y ya pronuncia las palabras terribles: "No hay más Dios que Allah, y Mahoma es su enviado".

Y cuenta el narrador que así pasaron muchos años, y la niña se hizo una doncella, y era tan hermosa como las más hermosas de las hijas de los creyentes, y los hombres más ricos y los más valerosos la pedían a Jalid para casarse con ella; pero ella nunca quiso casarse, y siempre ponía plazos que nunca llegaban a cumplirse.

Pero tenía la doncella en sus ojos, y cuando pensaba que no la miraba nadie, unos rayos de luz tan terribles, como si los encendiera Haritsú, el enemigo de Dios y de los hombres; y pusieron a la niña de nombre Halima, en memoria de la mujer que había criado al Profeta, y seguía viviendo en la casa de Jalid, en donde no sobraban las riquezas, pero llegaban las bendiciones de Dios y de su enviado.

Un día Omar, el terrible (bendígale Dios), que ocupaba ya el trono del Profeta, vio llegar a Jalid con el rostro descompuesto, y pintada la pena en su boca y el furor en sus ojos.

Y Jalid contó al sucesor del Profeta cosas terribles que había descubierto en su casa: que en la noche le había parecido oír ruidos en los aposentos de las mujeres, y que, inspirado por el Profeta, levantóse de su cama y salió sigilosamente, y vio que una de las mujeres, vestida de blanco, se separaba de la casa y caminaba apresurada; siguióla, y atravesaron largo trecho hasta llegar a un cementerio, y allí la mujer que había salido de la casa de Jalid se unió a un grupo de viejas lamias y de espíritus malos, que comenzaron a profanar las sepulturas, celebrando con los cadáveres el más repugnante de los banquetes. Y cuando ya la luz del día estaba próxima, los malos genios y las lamias desaparecieron, y la mujer, al regresar a su casa, cruzó delante de Jalid, que estaba oculto, y Jalid conoció a la doncella Halima, de la raza de Almohalhal (maldígalo por siempre Allah).

Omar oyó la relación y se indignó hasta lo más profundo de su corazón, y saliendo con los de su séquito a un campo, hizo cavar allí una sepultura y traer en seguida la doncella Halima, y enterrarla viva como castigo de su gran delito.

Porque la justicia de Omar era terrible, y no hubo piedad, de su hijo Abu Hasma cuando le hizo morir a fuerza de azotes por haber cometido un crimen, y porque se cumpliese aquel versículo alcoránico que dice:

"Cuando la hija enterrada viva sea preguntada por qué crimen fue muerta".

Pero el maldito Haritsú, enemigo de los hombres y de Dios, que una vez tomó la figura de Salomón para engañar a sus súbditos, y que era muy sabio y muy malo, dijo a la doncella cuando la enterraron: "¡Oh Halima, no temas, que yo te sacaré viva y delante de tus enemigos!" Y cuando la tierra hubo acabado de cerrarse sobre la doncella, Haritsú quiso levantarla y sacarla a la superficie; pero la maldición del Profeta pesaba encima como un mundo de bronce, y todos los esfuerzos del maldito fueron inútiles, y al través de la tierra pasaban sólo las carnes de la doncella como brotes de hierba, y entonces se convirtió en una de estas plantas que llamáis madreselva.

Por eso siempre la madreselva se siembra sobre los sepulcros y penetran sus raíces hasta llegar al cadáver, y cuando ya nada queda por devorar, sino los huesos áridos y polvorientos, entonces también la madreselva se seca y muere.

Por eso también no se necesita abrir un sepulcro para saber si se ha consumido o no la carne mortal, y basta mirar la lozanía de la planta.

Y acabóse esta leyenda en honor de Allah, que sobre todas cosas es poderoso y pone en todo el sello de su sabiduría.

LA BURRA PERDIDA

¿Te acuerdas de Quintín?

—Y bien que me acuerdo. ¿Quintín Guardarelo; aquel muchacho, sobrino de la tía Calixta, que se fue para Cuba y que ahora dicen que está muy rico?

—El mismo, que ya debe tener sus cuarenta años, y que realmente está muy rico. Pues mañana debe llegar aquí.

—¿Aquí?

—Sí, al pueblo. Viene a arreglar su matrimonio. A ver si adivinas con quién quiere casarse.

—Con Gregoria, la hija de don Rufo el del molino.

—No.

—Entonces con Brígida, la del indiano.

—Tampoco.

—Pues con la hermana del juez.

—Menos, que ni la ha oído mentar; y mira, date por vencida, que no acertarás nunca, y yo te lo voy a decir. ¡Asómbrate! Con Serafina.

—¿Qué Serafina?

—¡Toma! Serafina, la chica, la criada que nos sirve, que es su sobrina.

—Pero ¡hombre, si apenas tiene quince años, y está hecha una brutica!...

— Pues con todo y eso, ya mañana será la señorita Serafina; porque él la va a poner en un colegio en seguida, y dentro de dos años volverá para casarse con ella, y ahí tienes a la muchacha convertida en la señora más rica quizá de la provincia.

—¡Pero eso será mentira!

—No; que todo me lo ha dicho esta misma tarde don Félix, que expresamente ha venido a preguntarme por Serafina, encargándome con mucho empeño que tú y yo la preparemos, contándole la fortuna que va a tener, y que mañana desde temprano, esté vestida lo mejor posible para que le haga buen efecto a Quintín.

—¡Mira tú qué fortuna! Y yo que la he reñido esta tarde tanto, y hasta le arrimé dos bofetones porque no había sacado hierba para la vaca...

—Pues nada, nada; procura contentarla, y no se le cuente lo del tío hasta la noche después de cenar; porque si no, descuida sus obligaciones. Voy mientras al correo a ver si he tenido carta de Madrid, que ya llegaron los coches de la estación, y volveré a cenar.

El tío Santiago tomó un grueso bastón y salió por la carretera, en tanto que la tía Elena se quedaba refunfuñando y murmurando entre dientes:

—¡Qué cosas pasan en el mundo! ¡Quién lo había de pensar!

Las sombras de la noche se condensaban rápidamente. Los colores y los contornos del caserío iban fundiéndose en la obscuridad, y aparecían en algunos puntos pequeñas lucecillas que salían por las ventanas a lo lejos, como el ojo colorado de un gallo negro.

Tranquila estaba la casa del tío Santiago. En el corral las gallinas se acomodaban unas en las perchas, otras sobre los viejos maderos abandonados allí, otras sobre los bordes de los pesebres, esponjando las plumas, acurrucándose unas al lado de las otras, y con ese ronquido tenue que lanzan como un indicio de completo bienestar.

En los árboles se apagaba la bulliciosa conversación que entablan los gorriones antes de dormir, y que semeja el ruido melodioso de un hervor, y unos buscaban la mayor rama para acomodarse, mientras que otros habían metido ya la cabecita debajo del ala para pasar una noche tranquila.

La vaca rumiaba filosóficamente en el establo. La cerda dormía tendida indolentemente, y sólo de cuando en cuando lanzaba un pequeño gruñido, cuando alguno de los lechoncillos mamaba con demasiada energía.

No quedaban en pie más que los gansos, que, desconfiados siempre, andaban pausada y cautelosamente, volviendo la cabeza a uno y otro lado, anunciándose con esa especie de carcajadita burlona como si fueran diciendo: —¡Ajá; a nosotros ninguno nos la pega!

A lo lejos, y como ahogados por la obscuridad, se oían el chirrido de algún carro que volvía del campo cargado de hierba, y el monótono sonar de los cencerros de las vacas que iban recogándose en los establos.

Algunas veces los cascabeles de un coche que pasaba rápidamente por la carretera, y, como una nota sostenida, el canto de los grillos entre la hierba.

Y sin embargo, como dicen algunas veces los que describen una fiesta, *brillaba por su ausencia* en aquel cuadro la *Generosa*, es decir, la burra de la casa.

Serafina salió para cerrar la puerta que daba al campo y registrar si estaban en su lugar todos los animales. Ya tenía cierta sospecha de que algo pasaba con la burra, porque no la había oído rebuznar, y la chica sabía que los burros rebuznan con una precisión matemática, mejor dicho, astronómica, a cada cuarto de hora, como si llevaran un cronómetro en el cerebro; así es que su primer cuidado fue buscar a la burra, y creyó que soñaba, que era una verdadera pesadilla, cuando, después de registrar por todas partes, adquirió el terrible convencimiento de que la burra no estaba.

¿Qué iba a pasar allí? El maldito animal, encontrando, sin duda, la puerta abierta, se habría salido al campo, y la chica sintió que el mundo se la venía encima. Se sintió responsable; creyó la burra perdida para siempre; miró delante como a un fantasma a la tía Elena diciéndole toda clase de improperios y pegándole un número infinito de bofetadas, y mandándola a media noche a buscar la burra; y como la escena de la tarde estaba aún fresca en su memoria, la pobre chica se puso a llorar, y, sin saber lo que hacía, salióse al campo en busca de la burra, a tiempo que pasaba un chico que iba por vino a la taberna.

—¿Adónde vas tan llorona, Serafina? —dijo el muchacho, burlándose de ella.

—¿Que te importa? —contestó Serafina; y sin detenerse, siguió el primer atajo que se presentó a su vista.

Se había levantado la luna, y con su indecisa claridad, los árboles, las peñas, los matorrales y hasta los accidentes del terreno, fingían extrañas y fantásticas formas. Serafina seguía rápidamente caminando; pero, aunque llorosa, miraba cuidadosamente para todas partes. Cualquiera matorral a lo lejos movido por el vientecillo de la noche, le parecía que era la burra, y emprendía el camino hasta desengañarse; el más ligero ruido lo creía un denuncia de la fugitiva, y se figuraba conocer el rebuzno de la *Generosa* en cualquiera de los muchos rebuznos que se oían a lo lejos.

No sentía miedo al encontrarse sola en el monte y en aquella penumbra: el terror que le inspiraba doña Elena y la angustia por la pérdida de la burra, embargaban por completo todas sus facultades, y seguía andando por aquellas largas veredas, que, blanquecinas, se prolongaban entre la vegetación como víboras inmensas, que más crecían mientras más caminaba sobre ellas, y que tenían la cabeza perdida en un horizonte tan vago, que ni era obscuro ni era luminoso.

Por fin, después de tres horas de inútiles pesquisas, fatigada, rendida y sin saber en dónde se encontraba, sentóse a descansar al pie de un árbol. A lo lejos brillaban algunas lucecitas en los caseríos; llegaban desde allí los ladridos de los perros, y alguna que otra vez el sonido de los campanos de las vacas que se movían en los establos. Pero poco a poco a Serafina le pareció que todas aquellas luces se iban extinguiendo; que los ruidos se alejaban; que el terreno se hundía dulcemente; que la obscuridad se hacía más densa: entornó los párpados y se quedó profundamente dormida.

La tía Elena llegó a extrañar que la muchacha no anduviera por la cocina: la llamó; nadie contestaba; entonces salió a ver qué hacía, y no la encontró por ninguna parte. Sólo Isidro, el mozo de labranza, sentado a la puerta de la cocina, esperaba tranquilamente que le llamaran a cenar.

—Sidro, ¿has visto a Serafina?

—Puede que haya salido, porque la puerta del campo está abierta.

—¡Demonio de muchacha! ¿Si se le habrá ocurrido escaparse por haberla pegado esta tarde?

Y acertó a salir a la puerta del campo en los momentos en que el chico regresaba de la taberna.

—Pedrín —dijo la tía Elena—, ¿has encontrado por ahí a Serafina?

—Cuando pasé para la taberna a comprar el vino para mi padre, salía de aquí, le pregunté a dónde iba y me contestó que no me importaba. Iba llorando.

—De seguro —exclamó en alta voz la vieja— esa pícara se ha escapado; si no fuera...; y luego el compromiso de entregarla mañana; nos van a hacer muchos cargos. ¿Por dónde se fue? — dijo, dirigiéndose al muchacho.

—Pues por ahí, por ese camino.

—Voy a buscarla. ¿Adónde se habrá ido? No tiene pariente ninguno...

Entonces por primera vez se arrepintió de haberla tratado siempre tan mal; no por lástima, sino por las consecuencias que podría traer aquella fuga.

Media hora después llegó a casa el tío Santiago. Los perros salieron a recibirle haciendo fiestas, como quien dice: —Bendito sea Dios que ha vuelto usted; que ya tenemos hambre.

Pero se encontró con la casa a oscuras y por único habitante a Isidro, sentado en la puerta de la cocina.

—¿Dónde están las mujeres? —le preguntó.

—Pues la tía Elena se ha ido a buscar a la Serafina, que creo que se ha escapado porque la pegaron mucho en la tarde.

—Vamos, ¡qué tonta! Iré yo a ver si las encuentro por ahí. ¡Qué compromiso para mañana! ¡Y don Quintín que vendrá temprano a buscar a la chica! Vamos, voy a ver sí las encuentro. Me llevaré los perros para que me ayuden.

Silbó ligeramente; los perros comprendieron que se trataba de un paseo a la luz de la luna, y salieron retozando delante del tío Santiago por la puerta del campo.

—Esto de la cena va muy largo —dijo Isidro después de haber esperado más de una hora—. Voy mientras a la taberna a echar un vaso.

Y salió por la puerta de la carretera. La casa quedó enteramente sola; pero como mientras unos duermen otros velan, los gritos de los gansos y el cacarear de las gallinas y el ruido que se oyó por los establos, no dejaron duda de que los zorros aprovechaban la ocasión. Y aquello fue la catástrofe. Unas gallinas morían, otras se salían por los bardales, otras por la puerta del campo, que se quedó abierta, y entre aquel sálvese el que pueda, hasta los gansos perdieron su dignidad y salieron a escape.

Serafina se despertó asustada por el ruido de un carruaje que se acercaba, abrió los ojos, y vio que estaba al borde de una carretera. Comenzaba a amanecer. Sobre el limpio azul del cielo se iba tendiendo como una gasa color de rosa; la luz azulada penetraba ligera por todos los vericuetos de la montaña, como si buscara algo que había dejado olvidado el día anterior; cruzaba entre el follaje, se deslizaba hasta debajo de las hojas que había caídas, y todo lo recorría, preparando la tierra para recibir engalanada la visita de los rayos del sol.

Serafina se levantó a tiempo que el carruaje pasaba a un lado.

—¡Serafina! —exclamó uno de los dos caballeros que iban dentro. ¡Para! —dijo al cochero—. ¡Alto!

El landó se detuvo, y los dos hombres descendieron rápidamente.

—Pero ¿qué andas haciendo por aquí y tan temprano?

Serafina reconoció en aquel caballero a don Félix, que había estado la tarde anterior en la casa hablando mucho tiempo con el tío Santiago. Esto la alentó, y no sin llorar algunas veces, contóle lo que había pasado.

—¡Pobrecita! —dijo don Félix—. Pero ¿tú no sabías que ayer tarde, y delante de mí, le prestó Santiago la burra a un vecino?

—¡Entonces no se ha perdido! —exclamó la muchacha como si le quitaran un enorme peso del corazón.

—No, no se ha perdido. Pero ahora te vas con nosotros.

—Pero ¿adónde?

—A mi casa, con mi mujer y con mis hijos. Este caballero que ves aquí es tu tío Quintín, que ha llegado de América.

—¡Ay, mi tío Quintín! ¡Qué gusto! ¡Cuánto me hablaba mi madre de usted! ¿Cómo le va a usted, tío Quintín? Ahora pondrá usted casa, ¿es verdad? y me llevará usted a servirle: ya verá usted cómo estará contento. Yo soy muy trabajadora, y no quiero volver a la casa de la tía Elena, porque me pega mucho, mucho...

Don Quintín sentía como si se hubiera tragado un pedazo de pan sin masticar, y en los ojos un cosquilleo como si le pasaran cabellos por allí.

Estuvo un rato silencioso, y después fingiendo una tos que no tenía, le dijo a su amigo:

—Regresaremos: ya no tenemos para qué ir al pueblo.

El tío Santiago y la tía Elena, que no habían podido dormir en toda la noche, vieron a lo lejos por una carretera un coche que se alejaba del pueblo; pero era imposible que creyeran quiénes iban adentro aun cuando se lo hubieran dicho; y jamás pudieron saber lo que había pasado, pues lo único que llegó a sus noticias fue que a Serafina la había puesto su tío en un colegio de señoritas en Madrid.

XICOTENCATL

Atravesaba el pequeño ejército de Hernán Cortés la soberbia muralla de Tlaxcala que defendía la frontera oriental de aquella indómita República.

Los soldados se detenían mirando con asombro aquel monumento gigantesco, que según la expresión de Prescott (tan alta idea sugería del poder y fuerza del pueblo que le había levantado).

Pero aquel paso, aquella fortaleza cuya custodia tenían encargada los otohómís, estaba entonces desguarnecida. El general español se puso a la cabeza de su caballería, e hizo atravesar por allí a sus soldados, exclamando lleno de fe y entusiasmo: (Soldados, adelante, la Cruz es nuestra bandera, y bajo esta señal venceremos): y los guerreros españoles hollaron el suelo de la libre República de Tlaxcalan.

El ejército español y sus aliados los Zempoaltecas ordenadamente; Cortés con sus jinetes llevaba la vanguardia; Zempoaltecas la retaguardia. Aquella columna atravesando la desierta llanura, parecía una serpiente monstruosa con la cabeza guarnecida de brillantes escamas de acero, y el cuerpo cubierto de pintadas y vistosas plumas.

Cortés caminaba pensativo: el tenaz fruncimiento de su entrecejo, indicaba su profunda meditación: mil encontradas ideas y mil desacordes pensamientos debían luchar en el alma de aquel osado capitán, que con un puñado de hombres se lanzaba a acometer la empresa más grande que registra la historia en sus anales. [8]

Reinaba el silencio más profundo en la columna, y sólo se escuchaba el ruido sordo y confuso de las pisadas de los caballos.

De cuando en cuando, Cortés se levantaba sobre los estribos y dirigía ardientes miradas, como intentando descubrir algo a lo lejos: así permanecía algunos momentos, nada alcanzaba a ver, y volvía silenciosamente a caer en su meditación.

¿Qué esperaba, qué temía aquel hombre que procuraba así sondear los dilatados horizontes? -Esperaba la vuelta de sus embajadores: temía la resolución del gobierno de la República de Tlaxcala.

Cuando Cortés determinó pasar con su ejército a la capital del imperio de Motecuzóma, vaciló sobre el camino que debía llevar; era su intención dejar a un lado la República de Tlaxcala y tomar el camino de Cholula, país sometido al imperio de México y en donde esperaba encontrar favorable acogida, por las relaciones de amistad que le unían ya con el emperador Motecuzóma.

Pero sus aliados los Zempoaltecas le aconsejaron otra cosa. Tlaxcala era República independiente y libre; sus hijos, belicosos e indomables, no habían consentido nunca el yugo del imperio Azteca, vencedores en las llanuras de Poyauhtlan: vencedores de Axayacalt, y vencedores después de Motecuzóma, el amor a su patria les había hecho invencibles y les constituía irreconciliables enemigos de los mexicanos: los Zempoaltecas aconsejaron a Cortés que procurase hacer alianza con los de Tlaxcala, abonando encarecidamente el valor y la lealtad de aquellos hombres.

Comprendió Cortés que sus aliados tenían razón, y tomó decididamente el camino de Tlaxcala, enviado delante de sí como embajadores a cuatro Zempoaltecas para hablar al senado de Tlaxcala, con un presente marcial que consistía en un casco de género carmesí, una espada y una ballesta, y portadores de una carta en la que encomiaba el valor de los Tlaxcaltecas, su constancia y su amor a la patria, y concluía proponiéndoles una alianza con objeto de humillar y castigar al soberbio emperador de México.

Los embajadores partieron, Cortés continuó su camino, atravesó la gran muralla tlaxcalteca y penetró en el terreno de [9] la República, sin que aquellos hubieran vuelto a dar noticia de su embajada.

El ejército español avanzaba con rapidez; el general seguía cada momento más inquieto: por fin no pudo contenerse, puso al galope su caballo, y una partida de jinetes le imitó, y algunos peones aceleraron el paso para acompañarles; así caminaron algún tiempo explorando el terreno: de repente alcanzaron a ver una pequeña partida de indios aislados que echaban a huir cuando vieron acercarse a los españoles: los jinetes se lanzaron en su persecución, y muy pronto alcanzaron a los fugitivos; pero éstos, en vez de aterrorizarse por el extraño aspecto de los caballos, hicieron frente a los españoles y se prepararon a combatir.

Aquel puñado de valientes hubiera sido arrollado por la caballería, si en el mismo momento un poderoso refuerzo no hubiera aparecido en su auxilio.

Los españoles se detuvieron, y Cortés envió uno de su comitiva para avisar a su ejército que apresurase la marcha. Entretanto los indios disparando sus flechas se arrojaron sobre los españoles, procurando romper sus lanzas y arrancar a los jinetes de los caballos; dos de éstos fueron muertos en aquella refriega, y degollados para llevarse las cabezas como trofeos de guerra.

Rudo y desigual era el combate, y mal lo hubieran pasado los españoles que allí acompañaban a Cortés, a no haber llegado en su socorro el resto del ejército: desplegóse la infantería en batalla, y las descargas de los mosquetes y el terrible estruendo de las armas de fuego que por primera vez se escuchaban en aquellas regiones, contuvieron a los enemigos que retirándose en buen orden y sin dar muestra ninguna de pavor, dejaron a los cristianos dueños del lugar del combate.

Sobre aquel terreno se detuvieron los españoles, acampando, como señal del triunfo, sobre el mismo campo de batalla.

Dos enviados tlaxcaltecas y dos de los embajadores de Cortés se presentaron entonces para manifestar, en nombre de la República, la desaprobación del ataque que habían recibido los españoles, y ofreciendo a éstos que serían bien recibidos en la ciudad. [10]

Cortés creyó o fingió creer en la buena fe de aquellas palabras: cerró la noche y el ejército se recogió, sin perder un momento la vigilancia.

Amaneció el siguiente día, que era el dos de Setiembre de 1519, y el ejército de los cristianos, acompañado de tres mil aliados, se puso en marcha, después de haber asistido devotamente a la misa que celebró uno de los capellanes.

Rompían la marcha los jinetes, de tres en fondo, a la cabeza de los cuales iba como siempre el donado Cortés.

No habían avanzado aún mucho terreno, cuando salieron a su encuentro los otros dos Zempoaltecas, embajadores de Cortés, anunciándole que el general Xicoténcatl les esperaba con un poderoso ejército y decidido a estorbarles el paso a todo trance.

En efecto, a pocos momentos una gran masa de tlaxcaltecas se presentó blandiendo sus armas y lanzando alaridos guerreros.

Cortés quiso parlamentar, pero aquellos hombres nada escucharon, y una lluvia de dardos, de piedra y de flechas, vino a rebotar, como única contestación, sobre los férreos arneses de los españoles.

(Santiago y a ellos), gritó Cortés con ronca voz, y los jinetes bajando las lanzas arremetieron a aquella cerrada multitud.

Los Tlaxcaltecas comenzaron a retirarse: los españoles, ciegos por el ardor del combate, comenzaron a perseguirlos, y así llegaron hasta un desfiladero cortado por un arroyo, en donde era imposible que maniobrara la artillería ni los jinetes.

Cortés comprendió lo difícil de su situación, y con un esfuerzo desesperado logró salir de aquella garganta y descender a la llanura.

Pero entonces sus asombrados ojos contemplaron allí un ejército de Tlaxcaltecas, que su imaginación multiplicaba: era el ejército de Xicoténcatl que esperaba con ansia el momento del combate.

Sobre aquella multitud confusa se levantaba la bandera del joven general; era la enseña de la casa de Tittcala, una garza sobre una roca, y las plumas y las mallas de los combatientes, [11] amarillas y rojas, indicaban también que eran los guerreros de Xicoténcatl.

Sonaron los teponaxtles, se escuchó el alarido de guerra y comenzó un terrible combate.

Era Xicoténcatl, el jefe de aquel ejército, un joven hijo de uno de los ancianos más respetables entre los que componían el senado de Tlaxcala.

De formas hercúleas, de andar majestuoso, de semblante agradable, sus ojos negros y brillantes parecían penetrar, en los momentos de meditación del caudillo, los oscuros misterios del porvenir, y sobre su frente ancha y despejada no se hubiera atrevido a cruzar nunca un pensamiento de traición, como un pájaro nocturno no se atreve nunca a cruzar por un cielo sereno y alumbrado por la luz del día.

Xicoténcatl era un hermoso tipo, su elevado pecho estaba cubierto por una ajustada y gruesa cota de algodón sobre la que brillaba una rica coraza de escamas de oro y plata; defendía su cabeza un casco que remedaba la cabeza de una águila cubierta de oro y salpicada de piedras preciosas, y sobre el cual ondeaba un soberbio penacho de plumas rojas y amarillas: una especie de tunicela de algodón bordada de leves plumas también, rojas y amarillas, descendía hasta cerca de la rodilla; sus nervudos brazos mostraban ricos brazaletes, y sobre sus robustas espaldas descansaba un pequeño manto, formado también de un tejido de exquisitas plumas.

Llevaba en la mano derecha una pesada maza de madera erizada de puntas de itztli, y en el brazo izquierdo un escudo, en el que estaban pintadas como divisa las armas de la casa de Tittcala, y del cual pendía un rico penacho de plumas. Xicoténcatl, con ese fantástico y

hermoso traje hubiera podido tomarse por uno de esos semidioses de la Mitología griega: todo el ejército Tlaxcalteca le obedecía, y era él el alma guerrera de aquella República, la encarnación del patriotismo y el valor; y era él, el que despreciando las fabulosas consejas que hacían de los españoles divinidades invencibles o hijos del sol, conducía las huestes de la República al encuentro de aquellos extranjeros, despreciando los cobardes consejos del viejo Mexixcatzin que quería la paz con los cristianos, y sin intimidarse [12] de que éstos manejaban el rayo y caminaban sobre monstruos feroces y desconocidos.

El choque fue terrible: un día entero duró aquel combate, y Xicoténcatl, que había perdido en él ocho de sus más valientes capitanes, tuvo que retirarse, pero sin creer por esto que había sido vencido, y esperando el nuevo día para dar una nueva batalla.

Cortés recogió sus heridos, y sin pérdida de tiempo continuó su marcha hasta llegar al cerro de Tzompatchtepetl, en cuya cima un templo le prestó asilo para el descanso de aquella noche.

Los soldados cristianos y sus aliados celebraban la victoria. Cortés comprendió lo efímero del triunfo. La inquietud devoraba su pecho.

Se dio un día de descanso a las tropas.

Xicoténcatl acampó también muy cerca de Cortés, y se preparaba, lo mismo que los españoles, a combatir de nuevo.

Sin embargo, el general español quiso probar aún la benignidad y los medios de conciliación, enviando nuevos embajadores a proponer a Xicoténcatl un armisticio.

Los embajadores volvieron con la respuesta del joven caudillo: era un reto a muerte y una amenaza de atacar al siguiente día los cuarteles.

Cortés reflexionó que su situación era comprometida, y decidió salir a buscar en la mañana siguiente a los Tlaxcaltecas.

Brilló la aurora del 5 de Setiembre de 1519. El sol apareció después puro y sereno, y a su luz comenzaron a desfilar peones y jinetes.

Su marcha era ordenada y silenciosa, el combate de un momento a otro, y todos sabían ya que su valeroso general los llevaba a atacar resueltamente al campamento del ejército de Xicoténcatl.

Apenas habrían caminado un cuarto de legua, cuando aquel ejército apareció a su vista en una extendida pradera.

El espectáculo era sorprendente.

Un océano de plumas de mil colores que ondulaban a merced del fresco viento de la mañana, y entre el que brillaban como las fosforescencias del mar en una noche tempestuosa, [13] los arneses de oro y plata y las joyas preciosas de los cascos de los guerreros Tlaxcaltecas heridos por la luz del nuevo día.

En el horizonte, perdiéndose entre la bruma las banderas y pendones de los distintos caciques Othomis y Tlaxcaltecas, y dominándolo todo, orgullosa, el águila de oro con las alas abiertas, emblema de la indómita República.

Al presentarse el ejército de Cortés, aquella multitud se estremeció y un espantoso alarido atronó los vientos, y los ecos de las montañas lo repitieron confusamente.

El monótono sonido de los teponaxtles contestó aquel alarido de guerra: los guerreros indios se agitaron un momento, y después, como un torrente que se desborda, aquella muchedumbre se lanzó sobre los españoles.

No hubo uno solo de aquellos valientes pechos castellanos, que no sintiera un estremecimiento de pavor.

El ejército de Xicoténcatl avanzaba rápidamente levantando un inmenso torbellino de polvo, que flotaba después sobre ambos ejércitos, como un dosel, al través del cual cruzaban tristes y amarillentos los rayos del sol.

Aquella era una hirviente catarata de hombres de armas, de plumas, de joyas y de estandartes.

Levantose un rugido como el de una tempestad: los gritos de los combatientes que se miraban a cada momento más cerca, se mezclaban con el estrépito de las armas de fuego, el silbido de las flechas, los sonidos de los teponaxtles y de los pífanos y de los atabales.

Los dos ejércitos se encontraron, y se estrecharon y se enlazaron como dos luchadores.

Pasó entonces una escena espantosa, indescriptible.

Ni los caballeros ni los infantes podían maniobrar.

Se escuchaban los golpes sordos de los aceros de los españoles sobre el desnudo pecho de los indios, y como el ruido del granizo, que azota una roca, el golpe de las flechas sobre las armaduras de hierro de los soldados de Cortés.

Aquella carnicería no puede ni explicarse ni comprenderse.

Las balas de los cañones y de los arcabuces se incrustaban [14] en una espesa muralla de carne humana, y la sangre corría como el agua de los arroyos.

Era una especie de hervor siniestro de combatientes que se enlazaban y desaparecían unos bajo de los pies de los otros, para convertirse en fango sangriento.

La traición vino en ayuda de los españoles, y un cacique de los que militaban a las órdenes de Xicoténcatl huyó llevándose diez mil combatientes, y la victoria se decidió por los cristianos.

El pueblo y el senado de Tlaxcala se desalentaron con la derrota. Xicoténcatl sintió en su corazón avivarse el entusiasmo y el amor o la patria.

Las almas grandes son como el acero: se templan en el fuego.

Xicoténcatl contaba con el sacerdocio, y los sacerdotes dijeron al pueblo y al senado que los cristianos, protegidos por el sol, debían ser atacados durante la noche.

Y el pueblo y el senado creyeron.

Llegó la noche, y Xicoténcatl condujo sus huestes al ataque de los cuarteles de los españoles.

Cortés velaba, y entre las sombras miró las negras masas del ejército Tlaxcalteca que se acercaban, y puso en pie a sus soldados.

Xicoténcatl llegó hasta el campo atrincherado de los españoles, un paso los separaba ya, cuando repentinamente una faja de la luz roja ciñó el campamento, y el estampido de las armas de fuego despertó el eco de los montes.

Los Tlaxcaltecas atacaban con furor: pero en esta vez como en otras, los cañones y los arcabuces dieron la victoria a Cortés.

El senado de Tlaxcalan culpó la indomable constancia del joven caudillo, y le obligó a deponer las armas.

Los españoles entraron triunfantes a Tlaxcalan.

El águila de aquella República lanzó un grito de duelo y huyó a las montañas.

El senado de la República, que nada había hecho en favor de la independencia de la patria, temeroso del enojo de los conquistadores, destituyó al joven caudillo; pero el espíritu grande de Hernán Cortés sintió lo profundamente ingrato de la [15] conducta del senado, e interpuso su valimiento para que Xicoténcatl fuese restituido en sus honores.

Eran los primeros días de Marzo de 1521. Cortés volvía sobre la capital del imperio Azteca, de donde había salido fugitivo y casi derrotado en la célebre noche triste, con un ejército poderoso compuesto de españoles y aliados, como se llamaban a los naturales del país.

En las filas de los Tlaxcaltecas circulaban noticias alarmantes. Xicoténcatl había desaparecido del campo, y según la opinión general, aquella separación era proveniente del mal trato que los españoles daban a sus aliados, y sobre todo del odio que Xicoténcatl profesaba a esta alianza.

Diose la orden para que los Tlaxcaltecas se dirigieran para Tlacopan con objeto de comenzar las operaciones del sitio, y los Tlaxcaltecas emprendieron el camino, dejando a la ciudad de Texcoco, en donde sin saber para quién, pero con gran terror, habían visto preparar una grande horca.

Estamos en Texcoco.

El sol se ponía detrás de los montes que forman como un engaste a las cristalinas aguas del lago: la tarde estaba serena y apacible.

Por el camino de Tlaxcalan llegaba un grupo de peones y jinetes conduciendo en medio de sus filas a un prisionero, que caminaba tan orgullosamente como si él viniera mandando aquella tropa.

Atravesaron sin detenerse algunas de las calles de la ciudad, y se dirigieron sin vacilar a la grande horca colocada cerca de la orilla del lago.

El prisionero miró la horca; comprendió la suerte que le esperaba, pero no se estremeció siquiera.

Porque aquel hombre era Xicotécatl, y Xicotécatl no sabía temblar ante la muerte.

Los españoles le notificaron su sentencia: debía morir por haber abandonado sus banderas, por haber dado este mal ejemplo a los fieles Tlaxcaltecas.

Xicotécatl, que comenzaba ya a comprender el español, contestó la sentencia con una sonrisa de desprecio.

Entonces se arrojaron sobre él y le ataron.

La pálida y melancólica luz de la luna que se ocultaba [16] en el horizonte, rielando sobre la superficie tranquila de la laguna, alumbró un cuadro de muerte.

El caudillo de Tlaxcala, el héroe de la independencia de aquella República, espiraba suspendido de una horca, al pie de la cual los soldados de Cortés le contemplaban con admiración.

A lo lejos, algunos Tlaxcaltecas huían espantados, porque aquel era el patíbulo de la libertad de una nación.

FIN